

---

(Segundo Premio)

## *El estornudo de una etcétera*

y otras cuestiones poemáticas

Por *Herminio Martínez*

### LOS EMISARIOS

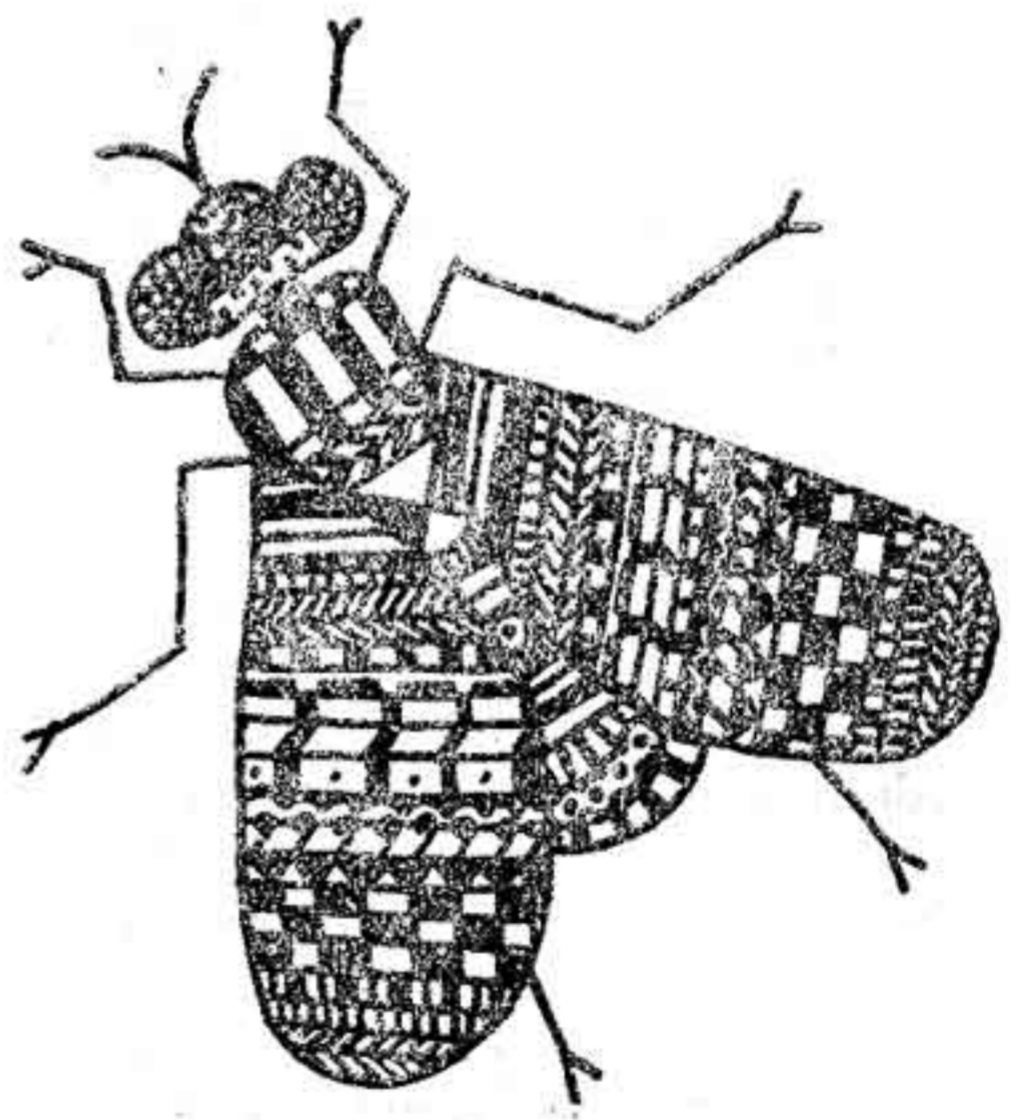
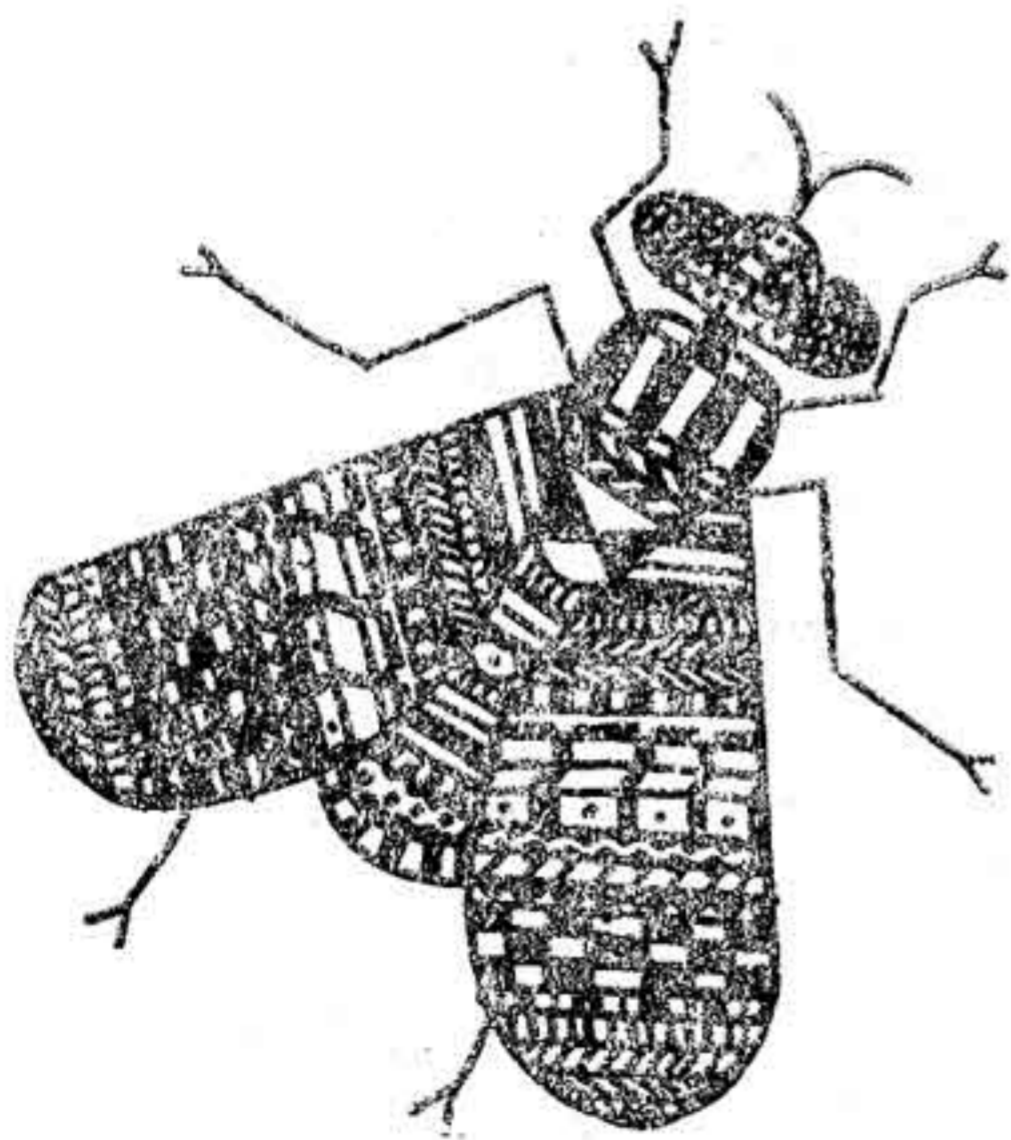
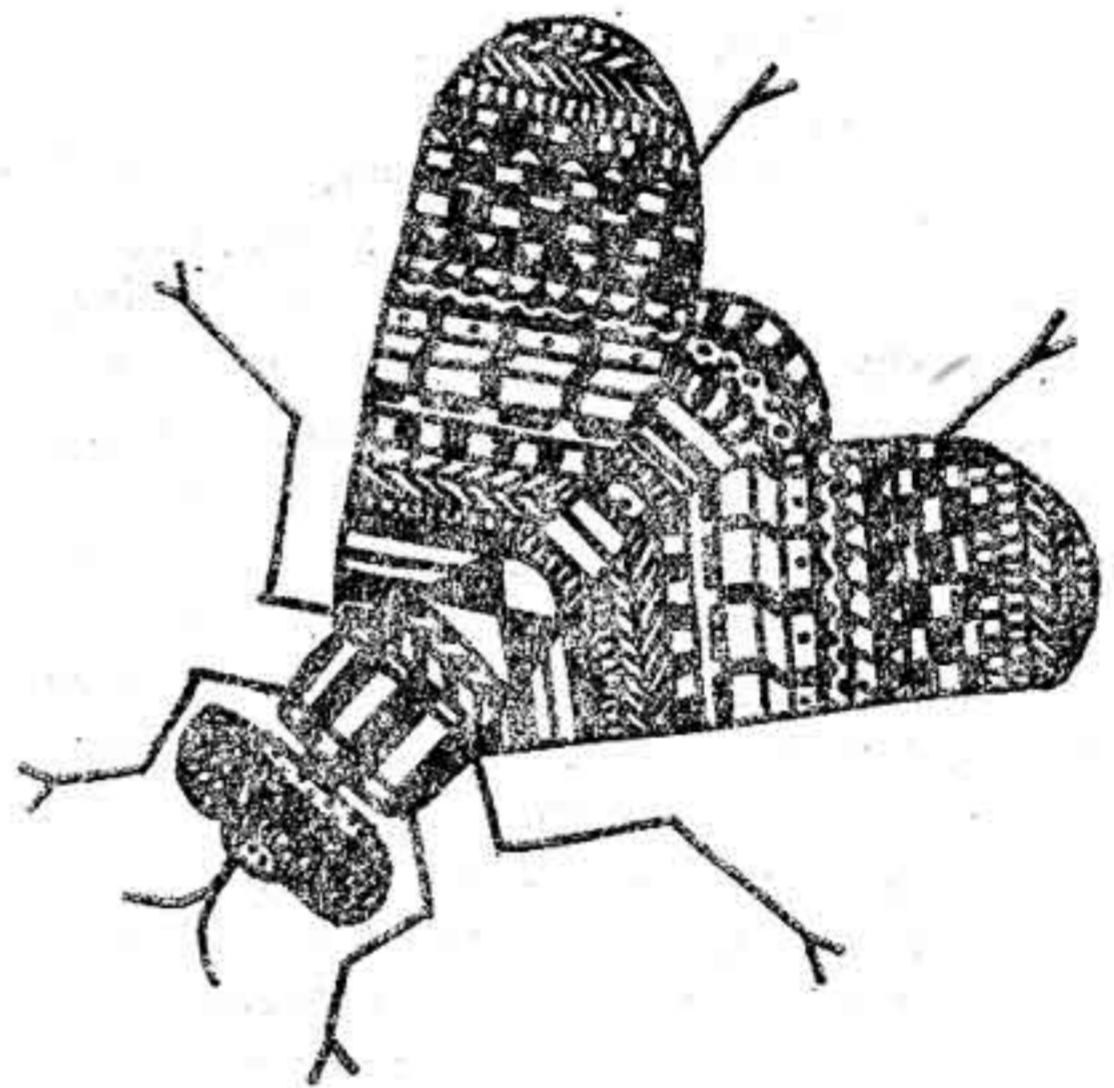
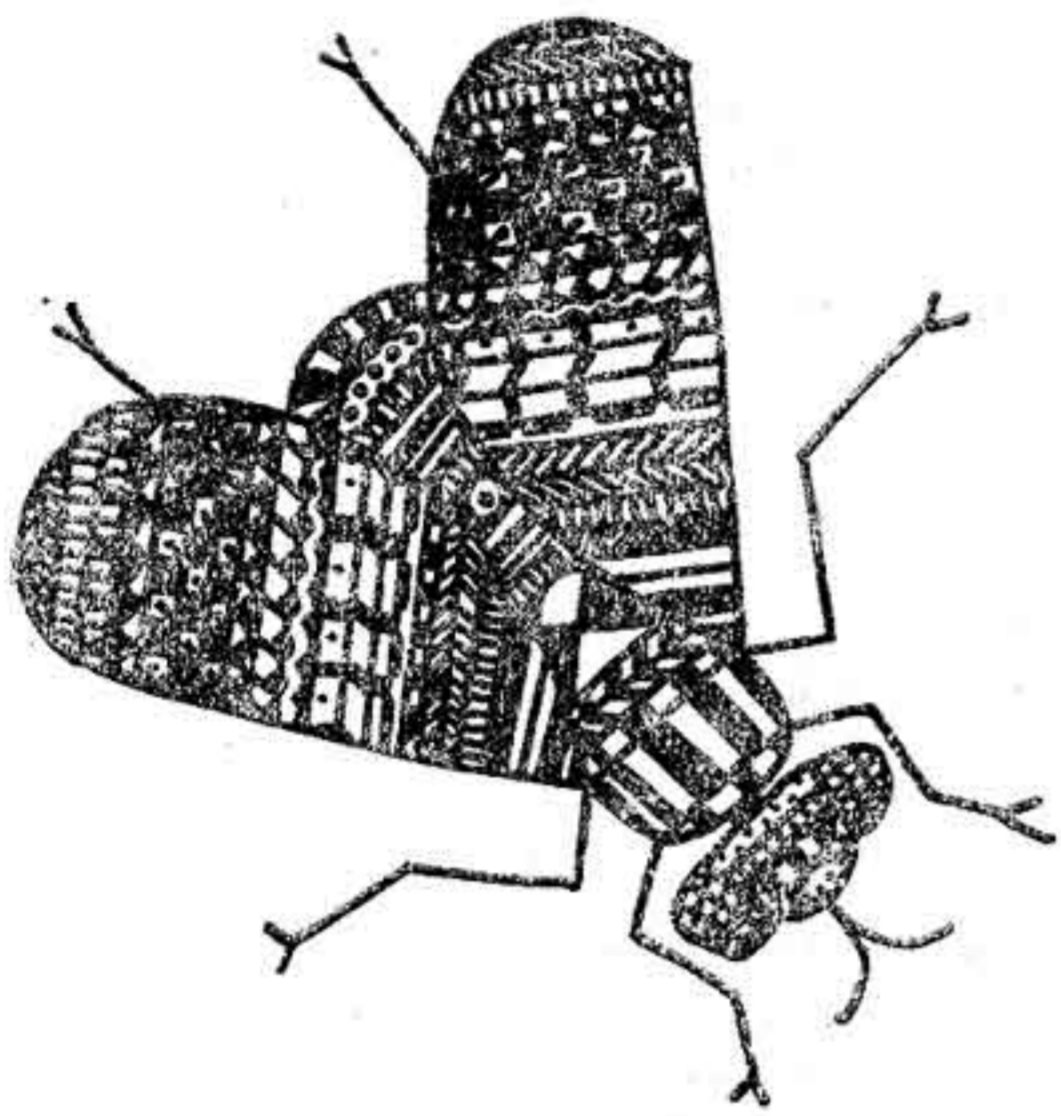
Llegan cabalgando sobre dentaduras negras,  
levantan pavorosos remolinos de papeles,  
nubes de números hambrientos, discusiones y montañas de ira.  
No tienen dedos sino garras siniestras  
para apoderarse de lo que con sudor y sangre otros han hecho.  
El pulpo del dinero les ha manchado de un solo latigazo la cara,  
parecen hombres porque se paran en dos pies,  
llevan colgado al pecho un título: abogado, notario público,  
recaudador, fiscal, secretario privado, ministro, tesorero.  
Pezuñas como firmas cruzan las noches tristes de los que no pudieron  
cumplir a tiempo  
y perdieron para siempre su lugar en la tierra.  
Lentes, trajes apolillados, calvos individuos sin color ni medida,  
aparecen de pronto esgrimiendo la espada de la boca,  
afilando la baba de una risa, oprimiendo el gatillo de unos dientes  
manchados de nicotina.  
A veces traen telegramas en las alas y teléfonos en los brazos,  
presumen de filántropos y de doctores en matemáticas,  
se tatúan el cuerpo con las páginas de la Constitución,  
odian, insultan, muerden, no saben perdonar, no se arrepienten,  
les arrancaron las fibras del sentimiento y la yerba de la compasión  
antes de darles cuerda, vienen a todas horas,  
llegan de todas partes, irrumpen por las calles  
como manchas de buitres agazapados.  
Amargan, encarcelan, amenazan.  
¿Qué es lo que está pasando a la mitad de esta avenida  
a la que los locos llaman época actual?  
El Rey Gobierno tiene sus emisarios como en los tiempos de Robin Hood,  
nos quitan lo que quieren y hasta lo que no necesitan,  
aumentan los impuestos cinco veces al año,  
yo no soy rico, tampoco pertenezco a la clase media,  
que ya sería un privilegio; soy pobre y sin embargo tengo que pagar  
cada vez que recibo un papelito enviado por la oficina  
de la tesorería estatal.  
Que el catastro, que la multa por ponerle acento a su apellido;  
la evaluación, el gasto fue de tanto, más impuestos y multas;  
recargos por pensar mal de nosotros;  
yo sé de antemano, sin leer esos papelitos, que si en quince días no pago,  
procederán legalmente a confiscar mis bienes.  
¿Y cuáles bienes si ya no tengo nada?  
Trabajo en una escuela, soy profesor, escribo cuentos y poemas,  
me gusta distraerme imaginando situaciones equilibradas,  
veo el imposible día en que las monedas no valgan más que la basura  
y nada sea de nadie, y todo sea de todos;  
mientras que luzco en tales idioteces, miles de manos,  
en realidad no sé cuanta cínica chatarra,  
se entretiene haciéndome las cuentas y me escriben mensajes.  
Los veo venir, oigo sus alaridos, me atropellan sus potros retorcidos:  
aquí le mandan esto, dicen, fírmelo, el plazo vence hoy, lo manda el Rey.

---

---

El coraje es una pistola invisible que me apunta al corazón,  
tiemblo ante él y escucho:  
impuesto por el perro y por el agua,  
por el sol que entra al cuarto por la ventana abierta  
y por la luz que baña las paredes.  
Impuesto por la pintura negra que sin avisarnos le puso a la tapia del jardín,  
impuesto por tener una amante que estudia inglés y va cada domingo a misa,  
impuesto por comer huevos estrellados con tortillas de maíz blanco  
y multa por no fumar,  
tenemos que consumir para seguir produciendo y hacernos ricos.  
Impuesto por trabajar de día y por ser amigo de sindicalistas;  
deducciones al cheque de tres mil pesos mensuales que recibe,  
multa por sonreír delante de la autoridad  
y por traer boleados los zapatos;  
nuestra oficina tiene archivos, es como la memoria de la patria,  
y por lo tanto se le impone otra multa por leer versos  
de poetas asesinados y por no llevar paraguas cuando llueve.  
Así me voy muriendo cada día, de hambre y de rencor agonizamos  
sin que haya un Robin que nos defienda,  
me muero, nos morimos suspirando con la neurosis fresca derramándose  
ante una ventanilla esperando que salga nuestro nombre.





---

## *Situaciones de un día cualquiera*

El día empieza a desenvolver su cola de botellas;  
abro la ventana que indiscretamente mira sobre el hombro de la casa  
hacia la ciudad.  
Veo la fábrica de papel, la panadería, las bicicletas;  
y una anciana comiendo frutas podridas;  
el hambre es una brasa loca en nuestro estómago,  
un rebaño de Quijotes encinta riéndose de nosotros.  
El fragor de las máquinas escala las paredes, araña los cristales,  
mueve las cortinas y entra.  
Estoy casi desnudo bebiéndome de codos un rayito de sol,  
no soy nada romántico, sino un complicadísimo hombre  
con los zapatos grandes y la frente estrellada.  
Es una cicatriz que me recuerda cómo pasó mi infancia.  
Las calles con sus lenguas de ladrillo  
sienten el despertar del peso de la tierra  
atropellado por los niños que marchan al colegio.  
Un perro olfatea células de aceite negro,  
son las manchas que dejó la noche adentro de un bote de basura.  
Penso en los dioses que hoy amanecieron con todos los cántaros  
de su mal genio rotos.  
No me he rasurado, aún tengo en la cara la yerba dura  
que crece con la llovizna de los sueños  
y hay en mi boca un desagradable sabor de metales oxidados.  
Anoche, mientras la televisión me hacía gestos de colores, me maldije;  
y maldije al poder que se daba un duchazo en algún hotel de lujo.  
Yo tengo algunos libros en donde leo y aprendo lo que está prohibido;  
los libros tienen sexo, uno los viste con atención para que luzcan guapos,  
les compra pantalones, calcetines, camisas y corbatas;  
son hombres y mujeres, se emborrachan, comen, les gusta ver llover  
y hasta pueden parir de una leída  
un hijo de papel con ojos de águila o relincho de potro.  
Desde una ventana, cualquiera puede fotografiar los talones de la luna  
olorosos a nardo,  
sentir en las meras narices el talco azul de alguien que se recuerda;  
cualquiera puede apreciar en toda su bravura los taxis neuróticos,  
los trenes reventando, los aviones aburridos de tanto ir y venir  
por esa madre bolonda que es la vida.  
Uno puede pensar en un grupo de poetas que van saliendo de un cabaret  
en París  
o simplemente pensar en la gente que camina.  
Desde una ventana el mundo es la fábrica de los pordioseros ambulantes,  
pero también el trono desde donde la discordia imparte sus clases  
de burla, desigualdad y petulancia.  
El día se amarra las agujetas,  
abre el paraguas rojo para decirme que he perdido el tiempo imaginando,  
suda, le huelen los establos, se va, sube de prisa,  
me llaman por teléfono.

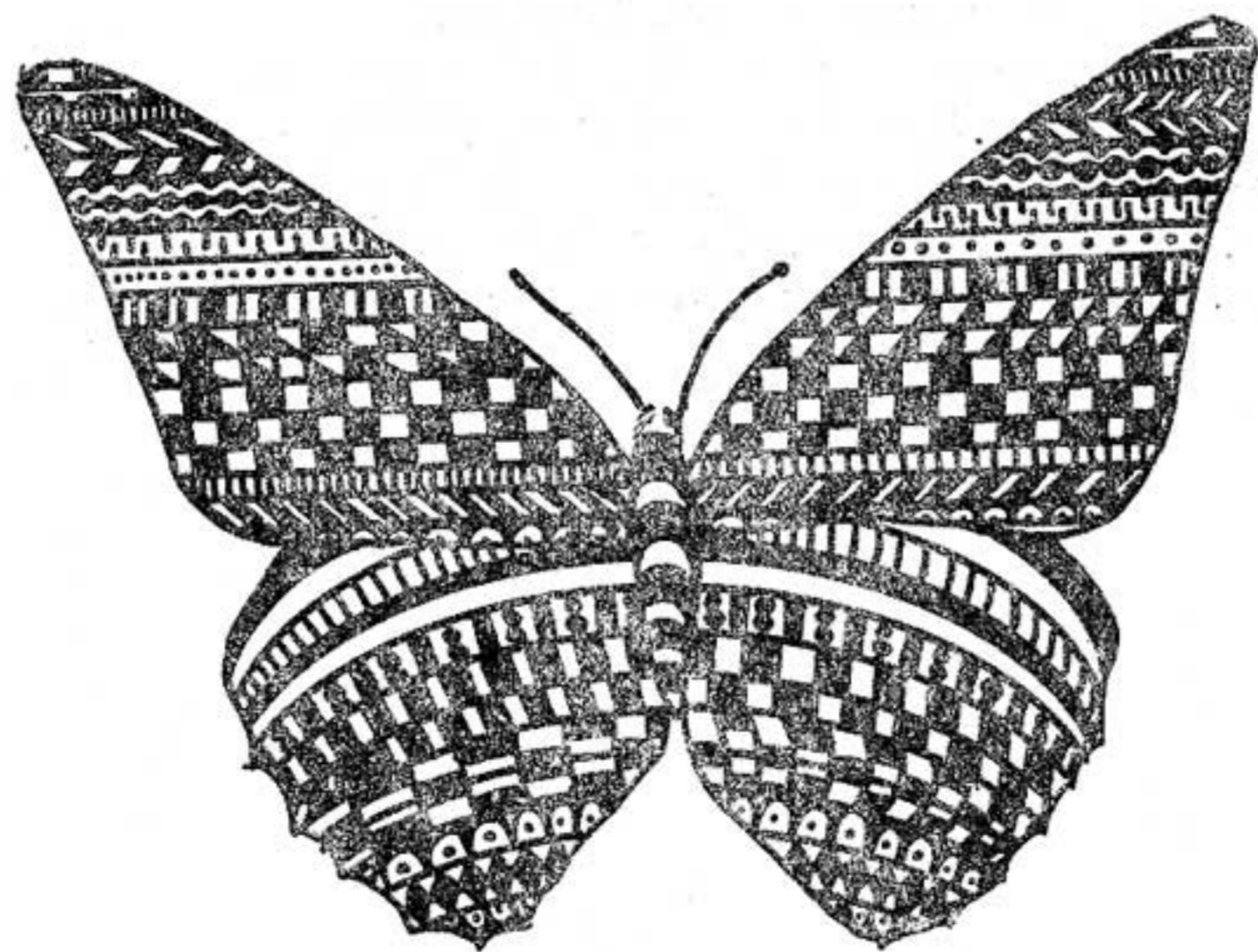


---

## *Un poema a máquina contra los que tienen su trono en el muladar de una gloria efímera*

Escribo este poema a máquina porque mis manos han agotado ya toda su creación de ademanes herméticos.  
Lo golpeo como golpearía con la bola del mundo  
a los que se han sentado en el muladar de una gloria efímera;  
a los que en su cabeza crean ciudades de hombres infelices;  
a los que emparentaron con la muerte en un oscuro día  
al que declararon de fiesta nacional,  
y era una cordillera desatada en caudales de luto.  
Habría que perdonar a los que tienen afilados colmillos de perro  
si no han sentido nunca la dicha tremenda de mirar un colibrí  
engrandeciendo el aire de las flores,  
pero no por clavar la hediondez de un hocico  
en cuerpos desgarrados,  
no por abrir las puertas del dolor indecible,  
no por sembrar con charcos de voracidad la tierra  
de los secretos corazones donde el hombre es un animal que engorda  
con el dolor del pobre.  
Escribo este poema a máquina y me duelen las venas como ríos reventados;  
si pudiera no lo escribiría; iría por los caminos y los pueblos  
diciéndoselo a cada hombre, a cada piedra, a cada perro, a cada planta,  
pero no puedo evitarlo, me escurre por la piel, lo huelo,  
me lastima con sus hebras, baja de mis cabellos, se me enreda  
en los pies, me sangra en cada grito,  
es como agua asesina, jamás podré eludir sus pasos  
por mi estómago;  
me llama este poema, me secuestra las puntas de los dedos,  
unta su hígado de metal en donde más me duele;  
sé que aunque yo lo escriba seguirá habiendo huérfanos con hambre  
y la bola del mundo será la misma panza de mareos y temblores;  
estará, como siempre, en cada invierno  
atada al inmenso árbol navideño de la constelación  
contemplando la luna a través de un telescopio;  
aunque lo escribiera mil veces mil de cualquier manera  
la peluda mano de la traición seguiría firmando órdenes de muerte,  
de todos modos la dentadura del sarcasmo seguiría mordiendo.  
La verdad, no sé ni por qué hoy escribo este poema.

### SEGUNDO LUGAR





---

## Los bárbaros

No llegaron de Europa ni de Asia ni siquiera de Rusia,  
simplemente llegaron;  
salieron de las tripas de una casa a invadir edificios y oficinas,  
a fornicar ciudades,  
a someter con saña como bestias débiles y enfermos,  
a pobres y medianos.  
Algunos se vistieron bien para que los creyeran importantes.  
con su clavel clavado en la solapa,  
su paraguas típico y un portafolio negro.  
Fundaron borracheras y palacios; secretarías con piennas rasuradas,  
ministros, ministerios, embajadas, seguridad nada más para ellos  
y muchos caos por todas partes.  
Se peinaron las crines de rayita con resistol y goma perfumada;  
se pusieron diamantes en los dientes para reír en muchas direcciones;  
se jalaron la piel para que se les cayeran como piojos los años;  
abrieron bancos propios, sucursales de los dedos del Rey Midas;  
a donde quiera se hacían acompañar por ríos de cheques y monedas;  
a su paso acontecían las peores cosas: tormentas de intereses,  
luchas de corazones ofendidos y siniestros guardianes carcajéandose.  
Ellos vinieron, no sabemos cuando,  
incendiaron los pueblos;  
con sus métodos se sentaron a oír cómo dormía el orden de las cosas  
y ordenaron matarlas para que no quedara huella de nosotros.  
Sin embargo aquí estamos entre ellos acechando la cola del instante,  
entre ustedes tiranos, recordándoles  
que hay una fuerza nueva en cada brazo, que vamos a moverla,  
que somos muchos, que muy pronto saldrá al mundo el sol deseado.  
Aquí lo esperaremos para hartarnos de él,  
lo meteremos a pedazos a nuestra boca  
para que con su toque maravilloso se suelten los resortes del entusiasmo  
y saltemos por fin a rescatar lo nuestro.  
Cuando esto suceda, que tiemblen las alfombras,  
que se caigan los cielos en desgarrones como hilachas podridas,  
que se rompan los huevos de la guerra,  
que salgan caudalosos manantiales de rostros y de risas,  
de brazos y de brasas, de ojos y de hojas donde estarán escritos  
nuestros nombres;  
que se engusane la lengua que nos odia,  
que sangre la frente del orgullo que nos humilla,  
que se vuelva basura y desperdicio el olor de los sátrapas,  
que arda su ley a media calle o que la orine un perro,  
que el más modesto trabajador de la escuela, del laboratorio  
de la empresa, del campo, de la capital o de la provincia,  
tome el silencio, lo maldiga y grite: hemos vencido.

---

## La venida del niño hombre

Después de que saltes los nueve pisos de la casa  
en donde la vida hornea pasos  
y teje el sistema nervioso adentro de una sombra,  
llegarás a este mundo, huevo de iglesias y drenajes.  
Después de que te pongan la brújula del corazón en su sitio  
y el cuerpo abra los ojos como el cuaderno que por primera vez  
abre sus páginas,  
conocerás la pista donde el dinero que es un rayo con ruedas  
presume hombres que se ha clavado en los anillos y en los dientes.  
Después de tanto dios que te impuso sus manos antes de partir,  
después de tanto ángel que te prestó sus plumas,  
después de tanta medicina, inyecciones y vómitos,  
serás el niño hombre con el metal de un grito en la garganta.  
Vas a nacer en julio, cuando ese mes con barbas  
ande borracho por las calles tocando su cuerno de cazador.  
Vas a oír la historia de una mujer descalza y desnuda  
que espanta por las noches y platica arrancándose las venas  
cómo en los tribunales, en la prisión o en una comandancia,  
los jueces, los guaruras, los abogados y los policías,  
a mordidas a sacaron la piel a un jornalero.  
Vas a saber tantas cosas de nosotros; por ejemplo,  
que tu madre todos los días se peina  
y que barre la tristeza de las cosas  
con los bosques que lleva en sus pestañas;  
que yo cada mañana podo un poco de muerte  
con el rastrillo de afeitar  
imaginando que tal vez pronto inventaré una máquina  
para retratar los sueños.

Un día conocerás el ropero en donde mis corbatas  
oyen el acordeón de la pobreza  
—un señor que ama a la virgen María nos lo regaló.  
Esta música tiene llena de agujeros la casa  
y empieza a roer los libros y la taza del baño.

Con todo, estamos muy contentos de que te hayas decidido a venir,  
no importa el mundo ni la religión católica;  
el hombre que nos echó encima el animal de la fe cristiana  
se llama Apolinar, tiene nombre de gato,  
pero tampoco importa,  
hace tiempo con un hacha rompimos nuestras relaciones  
con Dios. El se puso nervioso,  
ordenó que los trenes desde donde se pica  
la cebolla de la lluvia  
no volvieran a pasar por nuestros corazones;

el mío no los extraña.  
El tuyo tampoco los echará de menos.  
En el ropero las polillas pedalean una máquina  
que también hace lluvia.  
Estamos esperándote. Ella, tu madre,  
hilo por hilo pule su cabeza  
y yo quemándoles los pies a los cigarros,  
veo caminar la gente cabizbaja  
porque el niño de los precios no deja de crecer;

---

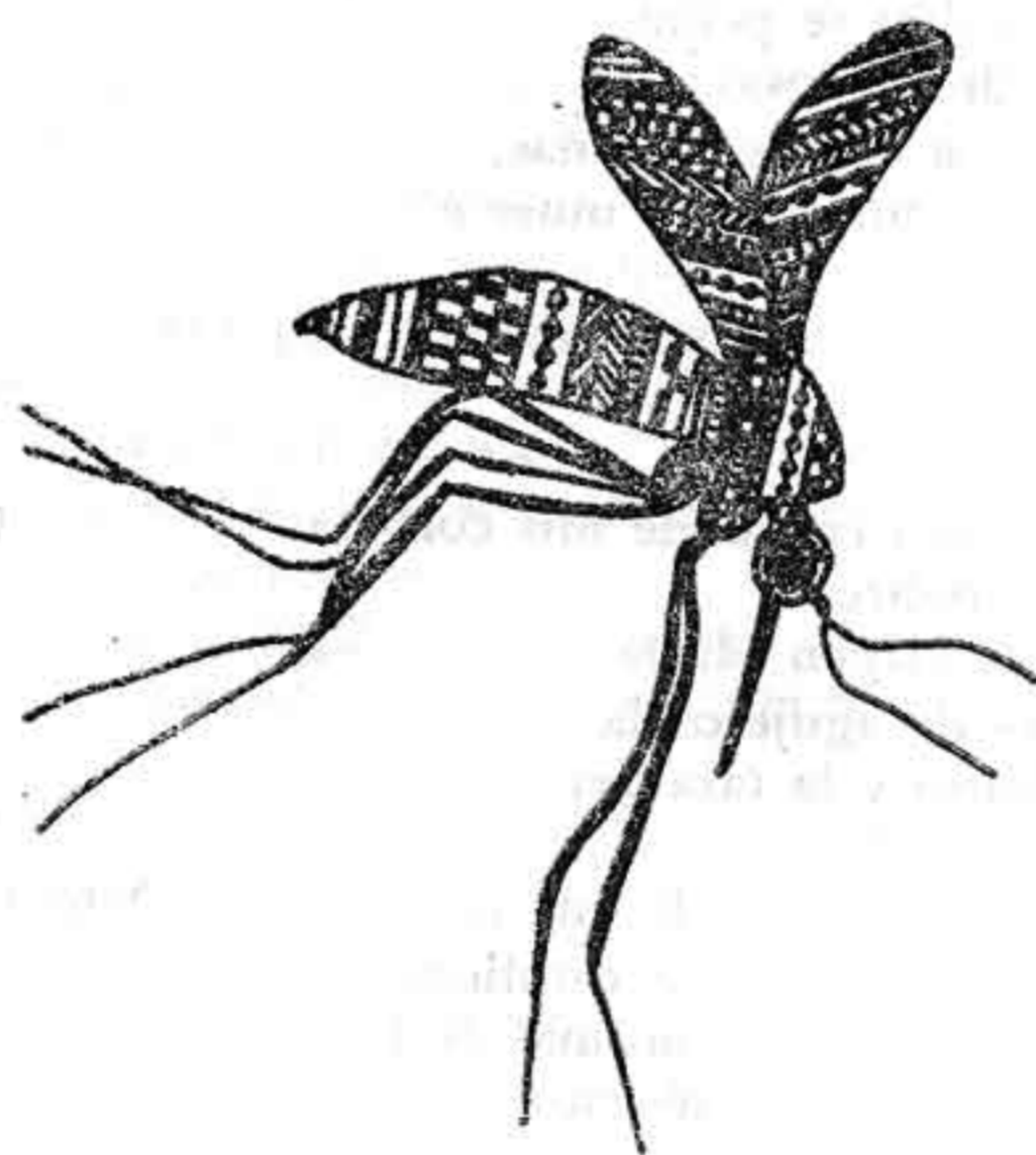


---

cada hora, cada mañana, cada mes, cada año,  
aumenta su estatura.

Oigo, también, cómo las palabras afinan instrumentos,  
arrastran aparatos de sonido, prueban micrófonos,  
para desearte suerte al recibirte.

SEGUNDO LUGAR





---

## *El estornudo de una etcétera*

En la calle de los ricos estornudó una etcétera  
y se movilizaron las fuerzas públicas, las ambulancias,  
los bomberos, los equipos de rescate y toda la policía  
para prevenir inundaciones o alguna otra clase de tragedias.  
Orden, descalza y con el pecho desnudo,  
veía pasar los batallones.  
Poder, sonreía siniestro desde su ventana.  
Perdón, vestido de chambelán se inclinó ante ellos.  
y con un trapo de babas limpió los labios del papel  
donde disipó su catarro la infeliz palabra.  
Dos individuos calvos platicaban  
cuando el estornudo paralizó a media ciudad;  
dos hombres gordos con pelucas de pesos  
sentados frente al rápido ajedrez de la conversación.  
No sintieron a qué horas en el agua crecida de su lengua  
la etcétera se llevó la mano a la nariz  
y antes de que alguien le dijera Jesús te ayude,  
llegó el ejército con carros de combate  
y el jefe Capital, en su carruaje tirado por millones de hombres,  
pasó ante los señores enseñando los músculos.

Aunque la noche, pobre madre, llovía, llovía, llovía  
y llovía de corazón, de hígado, de rodillas, de espaldas,  
de uñas, de asiento, de nuca y de costado,  
no se inundó la calle de los ricos;  
los gendarmes pudieron ejercer su vigilancia  
sin ningún contratiempo;  
los funcionarios dormían sin novedad.

Pero en cambio, en la calle de los pobres,  
donde todos sabemos que el infierno es de lodo,  
Rabia hizo un coraje masticando el último recibo  
del pago del impuesto;  
después tiró el coraje en un agujero de ratas y dijo:  
es como si Dios hubiera echado encima de nosotros  
todos los marranos que engorda en su altísimos cielos.  
Es como si ejerciera sobre nosotros la profesión del odio.  
Frío amenazó con ir a la esquina a hablarle por teléfono a la muerte.  
Rabia no le hizo caso, siguió sintiendo la humedad en los huesos.  
Se desmayó la oscuridad y bajo su hondo peso  
la tierra parió sapos.